

El desafío de la diplomacia corporativa

José Luis Orozco*

Notas y Comentarios

Para mí, *El desafío de la interdependencia: México y Estados Unidos*¹ representa el despegue institucional del “estilo moderno”, corporativo, de hacer política exterior. Ante la vieja Razón de Estado, autoritaria, macropolítica, monocrática, y ante la vieja Razón de Mercado, competitiva, micropolítica, darwiniana, el ingreso de la *intelligentsia* de la política exterior mexicana en la mesopolítica corporativa, sectorial, seccional y empresarial, mueve a reflexiones. Con su Informe, los veinte miembros de la Comisión sobre el Futuro de las Relaciones México-Estados Unidos se ubican en la zona intermedia entre la competitividad y el autoritarismo, en la zona concertatoria que viabiliza fragmentariamente la reducción del conflicto y en cuyas coordenadas se urden decisiones y soluciones en las que “ambas partes ganan” o, por lo menos, minimizan o compensan sus pérdidas mutuas. En otras palabras, la zona donde la política de poder (estatal) se sustituye por la política de presión (corporativa) y se abre la posibilidad de magnificar acuerdos y disminuir discrepancias en una relación modernizada con los Estados Unidos.

No todo es nuevo. Compuesta por igual número de miembros mexicanos y norteamericanos, la Comisión prolonga el modelo razonador de los rampantes *think tanks* estadounidenses. Originalmente ensamblados en su orientación internacional cuando el “embrollo mexicano” cobra en 1914 dimensiones alarmantes para los sectores inversionistas y geopolíticos de los Estados Unidos, los equipos de concertación pública y privada de la política exterior se tipifican en 1917, a unos meses de la intervención en la guerra europea, en *The Inquiry* que congrega bajo el secretariado del joven Walter Lippmann a alrededor de ciento cincuenta especialistas cuyo trabajo colegiado culmina en los Catorce Puntos de Woodrow Wilson. Ya en otro

espacio (*La Revolución Corporativa*, 1987) describí el complejo oligopólico, tecnológico y organizativo que, en un brusco viraje del marxismo, estructura desde principios de siglo y en torno a la *corporation* empresarial todo un juego de cuerpos intermedios que reducen al Estado (el *gobierno* en adelante) a mero procesador de presiones e integrador de lo que la dinámica de aquel complejo determina como el interés nacional.

Eso que *El desafío de la interdependencia* marca como gran hallazgo y premisa mayor, el “cambio de ubicación del proceso de toma de decisiones”, ocupa ya en 1908 las páginas de Arthur Bentley (*The Process of Government*), en 1913 las de Charles Beard (*An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*) y en 1914 y 1915 las de Walter Lippman (*Drift and Mastery* y *The Stakes of Diplomacy*). A lo largo de ellas, el oficio de la política se desentiende de la axiomática clásica y se centra en el flujo empírico de la influencia y el acomodo de los diversos grupos o unidades particulares de capital en el proceso político. Militarmente, el Estado estará detrás de todo; económica y políticamente se amplía, descentraliza y atrinchera en la sociedad civil, abandona allí su condición hegeliana de universo de hierro y, en aras de la flexibilidad que impone la transnacionalización de sus unidades y mecanismos financieros, adopta la condición jamesiana de pluriverso de plástico y vuelve la política un juego de saber *Who gets what, when, how* (Harold Lasswell, 1936).

No es necesaria la lista de las instancias corporativo-académico-gubernamentales que el gran empresariado norteamericano monta a partir de los años veinte para controlar la conflictividad interna e internacional del sistema de presión y planificar en términos de *management* la hegemonía asomante desde 1898. Baste con consignar que la preeminencia en ellas (del *Council on Foreign Relations* al Departamento de Estado) de la aristocracia de los abogados corporativos (Elihu Root

Robert Lansing, los hermanos Dulles o el Adolf Berle del *Brains Trust* de Franklin Delano Roosevelt) documenta la privatización esencial de la política exterior norteamericana. Como documentan la presencia (y gerencia) empresarial directa, al declararse la guerra fría, Dean Acheson, Averell Harriman o Nelson Rockefeller y, en el nuevo eje político-militar del capitalismo norteamericano, el departamento de Defensa, Charles Wilson de la General Motors o Robert McNamara de la Ford Motor Company, revolucionario entonces de la *management* termonuclear, presidente luego del Banco Mundial y ahora miembro de la Comisión sobre el Futuro de las Relaciones México-Estados Unidos.

No aduzco aquí conspiración alguna. Aduzco la habilidad con la cual el *establishment* de la política internacional norteamericana ha entretendido lo público y lo privado, lo empresarial y lo racional. Con George Kennan, Hans Morgenthau o Henry Kissinger se da la sanción académica de un *non political ruler* que supera las deformaciones de la ideología y, ¿por qué no?, de la democracia visualizada liberalmente desde Tocqueville como incompatible con una política exterior congruente. En un país cuyos intereses privados se transnacionalizan irregularmente, la diplomacia corporativa ha de ocuparse, sin perder de vista la gerencialización del anticomunismo, de conciliar y jerarquizar según su "relevancia sistémica" aquellos intereses en una *national policy*; en el proceso —y tal vez por ello el lamento final del miembro panista de la Comisión por la ausencia del tema de la democracia— los dos partidos nacionales asumen el papel que Peter Drucker definió acertadamente desde 1942 como de *holding corporations for very limited purposes*.

Empíricamente competitivo y "neutralmente" arbitrado por la ciencia, el proceso concertador de los porcentajes de poder que corresponden al interior y al exterior a las principales unidades corporativas norteamericanas no constituye un proceso espontáneo y, mucho menos, democrático. Implica en primer lugar un imperativo integrador, con todas sus consecuencias subordinadoras. Jamás propicio a fuerzas o tendencias centrífugas, el pluralismo norteamericano obedece a una lógica (relativamente) totalizadora, tradicionalistamente nacional. Si desde Bentlley las *rules of the game* del pluralismo dicen atenerse a los "hechos", ello porque el empirismo científico omite cómo esos hechos fueron estructurados históricamente y la violencia que los dispuso de una forma y no de otra. Ser empíricos, ser pragmáticos, ser científicos en suma, consistirá entonces en amoldar la inteligencia a una realidad de más de siglo y medio cuya alteración substancial se antoja "intelectualmente

pretenciosa", estéril o "ideológica" en los parámetros de la tecnología del *status quo*.

Por tratarse de un "documento de consenso", la visión de la historia de *El desafío de la interdependencia* se suscribe más a la confluencia que a la dialéctica. Era de esperarse. Al buscar amplificar el *continuum* de la concertación/negociación, neutraliza la disposición intrínsecamente antagónica de la acreeduría internacional, el narcotráfico o el mercado desigual de trabajo. Al recomendar cómo mantener la deuda exterior de México en sus "niveles más manejables", coincide a su vez con la visión administrativista del corporativismo. De la misma manera, para abrir el diseño de las obligaciones por servicio de la deuda con base en la capacidad de pago y "bajo condiciones de crecimiento" admite que México emprenda, como lo ha hecho, "programas de ajuste estructural" que refuerzan la consonancia funcional entre los dos países. Así se explica que la visión a largo plazo sobre "cómo podrían interactuar las dos economías" evoque el "liberalismo corporativo" de Herbert Hoover y su tríada de asociaciones patronales (los "líderes de las comunidades de negocios"), sindicatos capitalistas ("las organizaciones sindicales de ambos países") y una burocracia corporativa que procesa imparcialmente las presiones del sistema.

Ahora que, aunque corran en el texto las ideas de una "simetría fundamental" o una "visión común y positiva del futuro", una buena mayoría de los indiscernibles miembros mexicanos de la Comisión no hacen allí un simple ejercicio voluntarista, y ello lo precisó Mario Ojeda al momento de su presentación. No se ignoraron las variables mayores del sistema de poder. No se siguió del planteamiento sobre la conducción menos unitaria y más privatizada de los "asuntos bilaterales" una invitación indiscriminada para introducirse al (aparentemente) atractivo sistema norteamericano de *lobbying*. A no dudar, la política de presión posee un núcleo esencialmente empresarial, mercantil, bursátil. Con todo, el universalizar esa característica minimiza el formidable sentido del Estado de la generación imperial norteamericana que se extiende de uno al otro Roosevelt. Brooks Adams, su filósofo de la historia, capta en él la incapacidad del hombre económico para estabilizar "su propia creación"; Herbert Croly, su teórico nacionalista, traza en él un pluralismo vertical compactado estatalmente, y es a ellos a los que hoy acude una "nueva derecha" sólo nueva para nosotros. Al converger la geoeconomía y la geopolítica, insertarnos en la poliarquía norteamericana dependería de afinidades y consonancias que no tenemos. Movernos en ella nos condenaría, en los términos gramscianos de la guerra de trincheras, a *efectuar maniobras* pero jamás a *ocupar posiciones*.

Ajustarse al modelo norteamericano de toma